

Acción voluntaria y bienestar comunitario: una reflexión estratégica

Fernando Fantova
consultor social
www.fantova.net

(en GONZÁLEZ PORTILLO, Auxiliadora y JARAIZ, German (edición) (2014): *Encrucijadas en la acción voluntaria. Incertidumbres y retos*. Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía, páginas 99-139)



Yo... he visto cosas que vosotros no creeríais: Atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto rayos C brillar en la oscuridad cerca de la Puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán... en el tiempo... como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir.

Palabras del personaje Roy Batty en la película *Blade Runner*.

Al pueblo de izquierdas, por decirlo a la francesa manera, el alma se le ha caído a los pies. Igual que al replicante Roy Batty en la película *Blade Runner*, el instinto le dice que su tiempo se acaba. La izquierda, tal como la hemos entendido hasta ahora, ha entrado en fase de liquidación. Se muere. La fantasía revolucionaria hace años que dejó de tener sentido en un mundo basado en la aceleración constante y la socialdemocracia ya no dispone de recursos para seguir ofertando más seguridad desde la cuna hasta la tumba. ("He visto cosas que vosotros no creeríais: he visto a millones de obreros chinos trabajando doce horas al día cerca de Shanghai por menos de una décima parte de vuestro salario; he visto a miles de brasileños ascender desde la pobreza al primer escalón de la clase media; he conocido a los mejores ingenieros en las puertas de Bombay; he visto lo que decía el viejo himno: 'El mundo va a

cambiar de base...'; es hora de retroceder", podría exclamar Batty en su último estallido de lucidez.) La izquierda seguidora se muere y las futuras luchas políticas serán protagonizadas por un difuso reformismo que intentará preservar aspectos básicos del Estado social a cambio de más años de trabajo, menos salario, menos visitas al ambulatorio, más tasas universitarias, menos funcionarios y mucho más riesgo personal, frente a un autoritarismo de nuevo tipo (llamarle extrema derecha no sería del todo exacto), que tendrá a su alcance la condensación sentimental de todos los malestares habidos y por haber. Vienen años muy confusos.

Enric Juliana (2010)

1. Resumen

Este artículo pretende contribuir a la reflexión teórica, al análisis estratégico y a la construcción de propuestas de futuro en el ámbito de la acción voluntaria en el momento y contexto en el que se escribe, cuando, particularmente, en el entorno español (y también europeo) llevamos varios años de recesión económica, una situación que, a juicio de muchos analistas, debemos enmarcar en el contexto de un cambio de época en el que ya estábamos inmersas desde hace algunas décadas. En estos contextos de crisis encajados (o desencajados) entre sí, el mundo de la acción voluntaria se ve sometido a tensiones y se encuentra, se propone, en una verdadera encrucijada, atravesada por amenazas y oportunidades. Se concluye que la construcción de tejido comunitario dentro del proyecto de tornar más relacional nuestro modelo de bienestar (nuestro modelo social) puede constituir un eje principal para orientar el desarrollo de la acción voluntaria.

2. Introducción

Elaboro este texto en un momento en el que me estoy reincorporando al ejercicio de la acción voluntaria tras cuatro años de dedicación exclusiva al servicio público mediante la responsabilidad política en el Gobierno Vasco, donde, en calidad de consejero de Asuntos Sociales, me correspondía la materia "voluntariado", junto a (o dentro de) otras como servicios sociales, política familiar y comunitaria, gestión de la diversidad o cooperación al desarrollo. Su preparación y escritura han sido ocasión para revisar material escrito estos últimos años por personas, muchas de ellas amigas, con las que me siento, en ocasiones desde hace más de tres décadas, parte de una comunidad de práctica y aprendizaje, de una red de pensamiento y acción acerca de la intervención social, el desarrollo comunitario, la gerencia social o el sector voluntario. En el artículo intento recoger y completar los contenidos presentados y la retroalimentación recibida en una intervención al final del XV Congreso Estatal del Voluntariado, celebrado en Vitoria en noviembre de 2012.

Intentaremos presentar plausiblemente la acción voluntaria, al menos potencialmente, como (constitutiva de) una esfera fundamental en la tarea de la consecución y mejora del bienestar de las personas y el desarrollo de la sociedad y, por ello, entenderemos que, en un momento en el que los modelos de bienestar y, en definitiva, de sostenibilidad social están (seguramente como en muchas otras ocasiones) en cuestión, revisión y transformación, el mundo de la acción voluntaria se deberá ver interpelado y deberá poder decir una palabra (y realizar una contribución) significativa para el futuro de ese bienestar y desarrollo social que queremos (o decimos) defender y construir.

Intentaremos comprender la situación en la que nos encontramos. ¿Habla de crisis? Por aquí casi no se habla de otra cosa en los últimos cinco o seis años. Basándonos en los análisis y valoraciones de algunos autores de referencia trataremos de ofrecer una interpretación de esa situación en la que nos encontramos que nos ayude a ubicar lo que nos pasa aquí en estos últimos años en relación con lo que pasa en otras partes del mundo y con lo que nos viene pasando en las últimas décadas. Nos preguntaremos sobre la naturaleza de esas situaciones y subrayaremos la importancia en esos contextos de las profundas transformaciones (vivas y

en curso) en lo que tiene que ver con la coproducción y disfrute compartido de bienes relacionales y comunes en las redes familiares, convivenciales, vecinales, comunitarias y sociales en general.

Para decir y hacer algo significativo en y ante esta situación (que, como veremos impacta de forma significativa en el mundo y el ejercicio de la acción voluntaria), a nuestro entender, el voluntariado deberá “beber en su propio pozo” (tomando la expresión del militante y teólogo peruano Gustavo Gutiérrez) para incorporar a la raíz y la reconfiguración del modelo de bienestar las dinámicas y valores relacionales y comunitarios, los bienes comunes y compartidos, que lo definen. Intentaremos construir esta propuesta estratégica con fuerza, a la vez que, con fuerza, identificaremos la amenaza que, para el voluntariado, para las organizaciones voluntarias, para el sector voluntario y, en definitiva, para nuestras sociedades supone o podría suponer que la acción voluntaria se esté alejando o se pueda alejar de dicho proyecto genuino y civilizatorio y acepte un papel subsidiario e instrumental, contrario a las dinámicas y valores que le son propios.

Incluso nos atreveremos a decir que, en esas dinámicas y valores propios de la acción voluntaria, pueden encontrarse elementos críticos para la (entendemos que necesaria) reinención o reconfiguración del modelo de bienestar y desarrollo social de una sociedad como la nuestra. Elementos clave, quizá, para una salida posible y sostenible del atolladero, de los círculos viciosos y, en particular, del extendido y creciente sufrimiento social en los que nos encontramos, hoy y aquí. Intentaremos identificar el papel y el valor de la acción voluntaria y las organizaciones solidarias en la construcción, reconstrucción o incluso reinención del tejido relacional y comunitario y el significado de esos procesos para la construcción, reconstrucción o incluso reinención de nuestro modelo de bienestar en claves de fraternidad, activación, corresponsabilidad, autonomía, reciprocidad y empoderamiento.

El artículo se ofrece para el diálogo y el debate con los agentes implicados e interesados en el mundo de la acción voluntaria: las propias personas voluntarias; personas con responsabilidades técnicas, de gestión o gobierno en las organizaciones del tercer sector; personas decisoras en programas o políticas públicas sociales; estudiosas e investigadores... Se trata de un texto interpretativo y propositivo, en ocasiones quizá apasionado y militante. Intentará basarse en la evidencia disponible. Intentará dialogar con la comunidad científica, institucional, técnica, asociativa y ciudadana implicada e interesada en la acción voluntaria. E intentará plantear visiones y propuestas de utilidad para el hoy y el mañana de nuestro voluntariado, de nuestra intervención comunitaria, de nuestra política social.

3. La acción voluntaria y su papel en los modelos de bienestar

Debemos, en primer lugar, esclarecer qué nivel de relevancia, que grado de importancia proponemos para la acción voluntaria en nuestra sociedad, a la vez que intentamos definir o caracterizar el fenómeno. Al hacerlo, acertada o equivocadamente, nos pondremos en la estela de autores, de referentes que construyen la acción voluntaria como uno de los grandes tipos de acción humana, como una de las grandes maneras de posicionarnos las personas en los procesos sociales. Intentaremos hacerlo sin olvidar su complejidad y heterogeneidad ya que, tal como se ha señalado, “el voluntariado en la actualidad vive simultáneamente dos procesos diferentes que mueven su corazón: sístole y diástole. Un proceso de diversificación por el cual se diferencia, se fragmenta, se diversifica, se multiplica; y otro proceso de institucionalización por el cual se concentra, se unifica, converge” (Fresno y Tsolakakis, 2011: 24).

Pues bien, desde el punto de vista que asumimos (más extensamente en Fantova, 2005: 11-18), en el mundo social, en la sociedad, habría cuatro grandes maneras (entendidas como tipos ideales) de obtener o proporcionar respuesta a las necesidades de las personas:

- El intercambio, que sería la denominación que reservaríamos para el tipo de acción y relación propio del mercado.

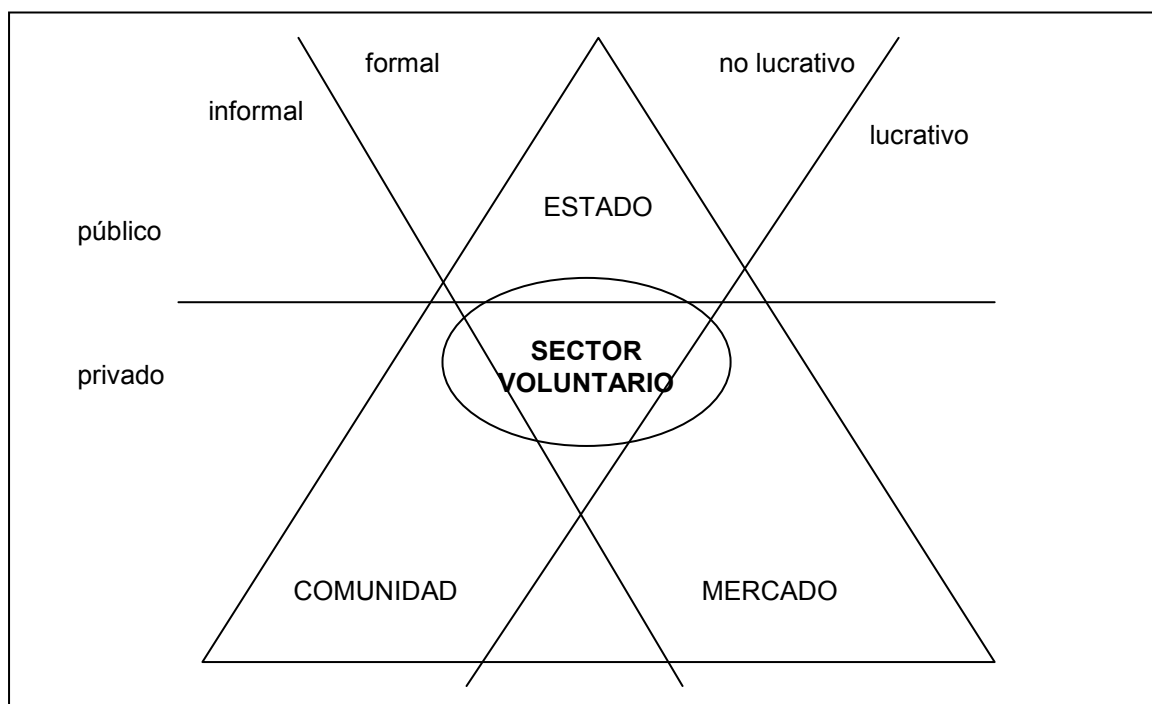
- El ejercicio de la obligación (por una parte) que se desprende de la existencia reconocida efectivamente de un derecho (por la otra), que sería el tipo de acción y relación propio del mundo de lo público-estatal.
- Las acciones y relaciones de apoyo mutuo dentro de las redes familiares y comunitarias.
- La acción voluntaria.

Estamos, por tanto, proponiendo denominar acción voluntaria a un tipo de actuación o intervención humana y social que:

- Se diferencia del intercambio porque no es onerosa.
- Se diferencia de las relaciones de quienes representan a un Estado (o canalizan el ejercicio de sus compromisos) porque no surge de la obligación ante un derecho.
- Se diferencia de la vida familiar y comunitaria porque se formaliza en algún grado y, en todo caso, se ejerce con alguien con quien no nos unen (necesariamente o en principio) vínculos de sangre, amistad, vecindad... (vínculos familiares o comunitarios).

Así, según se recoge en una de las últimas monografías publicadas sobre la materia, “pueden señalarse tres rasgos esenciales presentes en la dimensión individual del voluntariado: libertad o voluntariedad, altruismo o beneficio a terceras personas y, por último, gratuidad o ausencia de remuneración (...) la persona beneficiaria de la acción de voluntariado (...) no debe tener un régimen de parentesco, afectividad o amistad respecto a la persona voluntaria” (García Campá, 2013: 28).

Empezamos, por tanto, a visualizar el mundo de la acción voluntaria como un ámbito heterogéneo y difuso pero suficientemente reconocible para las personas que acceden a él y que en él realizan sus itinerarios, itinerarios vitales que tienen claves y mecanismos específicos y diferenciados. Estaríamos hablando de un tipo o forma peculiar de pertenencia, de relación, de trabajo, de presentación... En positivo, puede servirnos de expresión, parcial pero significativa, de ese tipo de itinerario lo que encuentra entre las personas voluntarias un reciente estudio del Gobierno Vasco que habla de “la cobertura de motivaciones y expectativas iniciales, el haber encontrado más de lo que se esperaba, el sentimiento de recibir más de lo que se da, las relaciones que se establecen, la satisfacción con las tareas que se realizan, la visibilización de los logros, el reconocimiento por parte de la organización y el sentirse parte de ella” (Gobierno Vasco, 2012: 226).



Por otro lado, lógicamente, la acción voluntaria se realiza en (y construyendo) marcos o entramados organizacionales, en alguna medida estables, estructurados, articulados... Por ello hablamos de organizaciones voluntarias (o, lo que es lo mismo a nuestro entender: organizaciones no gubernamentales, organizaciones sin ánimo de lucro) y de sector voluntario (o, lo que es lo mismo a nuestro entender: tercer sector). Así, esas cuatro grandes formas o tipos de acción y relación definen los cuatro grandes sectores o tipos de organización que encontramos en nuestras sociedades. Con todo, somos conscientes de que:

- No siempre la acción voluntaria se realiza en o desde organizaciones voluntarias (cabe, sin duda, ejercer el voluntariado en o desde una empresa mercantil o el propio sector público).
- Una buena parte del trabajo que se realiza en o desde el sector voluntario es trabajo remunerado (es decir, no trabajo voluntario).

Sin embargo, no creemos equivocarnos mucho al vincular acción voluntaria, organizaciones no lucrativas y tercer sector. Entendiendo que las organizaciones no gubernamentales (y el llamado tercer sector que las agrupa) constituyen el lugar natural o privilegiado de o para la acción voluntaria. Y más aún, que la esencia definitoria, que la lógica característica, que la dinámica propia del voluntariado, de las organizaciones sin ánimo de lucro y del tercer sector no puede ser sino la misma. Esto se refleja bien, a nuestro entender, en el viejo gráfico tomado, con leves adaptaciones, de Victor Pestoff (Fantova, 2005: 15).

Mirando al gráfico, podríamos afirmar, efectivamente, que “el tercer sector aparece como aquella esfera social en la cual las lógicas tradicionales de coordinación de las relaciones sociales fundadas sobre el simbolismo de la donación encuentran una mediación –o, para decirlo con Laville (1998), una hibridación– con las lógicas modernas de regulación de las transacciones fundadas sobre la economía monetaria. En esta perspectiva el tercer sector acaba por ser un *sistema intermediario*” (Stanzani, 2005: 205-206).

Ahora bien, a la hora de conceder (o reconocer, según se mire) este estatuto, esta relevancia a la acción voluntaria, a la hora de ponerla, por decirlo así, a la altura de la acción (de quienes actúan en representación) del Estado, del funcionamiento del mercado o del funcionamiento de las propias redes familiares y comunitarias, tenemos puntos de apoyo en la literatura, en la ciencia social, pero somos también conscientes de estar enunciando una idea que resultará extraña e incluso extravagante para muchas personas. Rafael Aliena se muestra muy consciente de ello cuando señala que para que el pueda ser considerado verdaderamente como sector y como sector relevante habrá de darse un “refuerzo de la visión sociopolítica del Tercer Sector, que desempeña tres funciones: provisión de bienestar, institución de lo social y acción política” (Aliena, 2012: 13). El debate sobre la relevancia del sector voluntario se debe alimentar también, lógicamente, de su estudio cuantitativo. No nos detendremos aquí, en todo caso, en dar noticia de la envergadura numérica del fenómeno del voluntariado o del tercer sector en nuestro entorno, tarea para la cual nos remitimos a la bibliografía (por ejemplo: Fundación Luis Vives, 2012; Franco y Guilló, 2011).

Somos conscientes, además, de que esta división cuatripartita que asumimos y proponemos es, sin duda, una simplificación. Richard Sennet, por ejemplo, relatando una experiencia personal, pone de manifiesto la dificultad de diferenciar tipos puros y lógicas claras en la acción humana:

“La reunión comunitaria de 1980 suscitó en mi (...) el deseo de devolver algo. Me había ido bien en la vida; me había convertido en un sólido burgués (...); lo que tenía yo para devolver era lo que mejor sabía hacer, ayudar a los niños en su aprendizaje de interpretación musical. Pero esa “devolución” provocaba gran ansiedad en ellos: ¿y si yo desaparecía porque estaba demasiado ocupado o ese día quería hacer otra cosa? Como devolver algo era mi elección, a sus ojos –y con razón– yo no era fiable, aún cuando hiciera todo lo posible por aparecer con regularidad. Poco a poco fui sintiendo el peso de su ansiedad, la carga de cuestionamiento de mi fiabilidad; el deseo de devolver algo me estaba erosionando” (Sennet, 2012: 266).

Percibimos en el texto de Sennet cómo el concepto de “devolución”, más propio de una lógica de intercambio mercantil, se *cuela* (por decirlo en forma coloquial pero quizá gráfica) en una experiencia de acción voluntaria. Un clásico de la sociología, como Marcel Mauss en su *Ensayo sobre el don* ya identificaba con penetración hasta qué punto el don (el regalo) genera en quien lo recibe un sentimiento de deuda, de obligación de devolución. Quizá las fronteras entre la “donación en reciprocidad” (Renes, 2012: 126) y el intercambio mercantil no sean tan nítidas como a veces las presentamos. Sea como fuere, seguimos entendiendo que el referido esquema tiene sentido a la hora de identificar las características propias, los valores añadidos específicos y, en definitiva, las reglas de juego o las claves de relación en las grandes esferas de la vida social.

A esas cuatro esferas, según hemos aprendido de autores como Donati, García Roca o Herrera, corresponderían diferentes tipos de bienes (más extensamente en Fantova, 2005: 27-31):

- Bienes públicos, que podrían ser reclamados como derecho ante el Estado.
- Bienes privados, que podrían ser comprados y vendidos en el mercado.
- Bienes relacionales primarios, coproducidos y disfrutados en las relaciones y redes familiares y comunitarias, en clave de confianza y reciprocidad.
- Bienes relacionales secundarios, producidos y utilizados en el mundo de la acción voluntaria.

Tras la lectura de aportaciones recientes de Herrera (Herrera, 2011: 228-229), que recoge el concepto de “bienes comunes” nos preguntamos si podríamos modificar este esquema, reservando el término “bienes relacionales” para los coproducidos y disfrutados en las redes familiares y comunitarias y proponer el de “bienes comunes” para los correspondientes al mundo de la acción voluntaria. Zubero, en una reflexión reciente, vincula los bienes comunes (o el denominado “procomún”) al concepto de tercer sector y los opone a los bienes públicos y a los bienes privados, recordando, por otra parte, que el hecho de que un bien reciba una u otra consideración es más una construcción social que una cuestión de naturaleza (Zubero, 2012: 22-23). Entendemos que es una cuestión abierta, no decantada en la literatura de referencia.

Sea como fuere, cuando hablamos de estos tipos de bienes que no podemos exigir como derecho ni comprar en el mercado, cuando hablamos de autorregulación, de confianza, de reciprocidad, muchas veces hemos puesto el ejemplo de la rueda de prensa en la que Pasqual Maragall (algo más de un año después de dejar de ser *president* de la Generalitat de Catalunya) ofreció, en compañía de su esposa, Diana Garrigosa, y de otras personas significativas en su vida, para anunciar que tenía la enfermedad de Alzheimer, en la que dijo:

“Hace unos meses me diagnosticaron un principio de la enfermedad de Alzheimer (...). Quiero ayudar a derrotar a esta enfermedad. Y lo haré personalmente y acompañado de todos aquellos que quieran y puedan ayudarme, en la medida de sus posibilidades económicas, profesionales o científicas. En ningún sitio está escrito que esta enfermedad haya de ser invencible (...). Por mi trayectoria pública como alcalde y como presidente, soy un privilegiado entre los afectados. Todo el mundo me conoce. Me paran por la calle y se dirigen a mí por mi nombre, de manera que en estas condiciones es muy difícil perder la identidad (...). Me encuentro bien. Os diré más, me encuentro mejor que hace un año y empiezo esta nueva etapa con optimismo, en compañía de una familia y de unos amigos que me apoyan y me hacen feliz”.

No nos cabe duda de que Pasqual Maragall cuenta con dinero para comprar bienes privados (ha viajado a Boston para confirmar su diagnóstico) y apuesta por la sanidad pública para la lucha contra la enfermedad (la rueda de prensa se hace en un hospital de la red pública). Sin embargo, todo hace notar la importancia que para él tienen esos bienes que no podrán ser comprados en el mercado ni exigidos como derecho (el compromiso de sus seres más cercanos para velar por su estilo de vida y dignidad humana, el apoyo que espera de personas

con las que comparte ilusiones y proyectos para luchar contra la enfermedad, la expectativa de que la gente de la calle le reconocerá...).

Quizá el ejemplo de Pasqual Maragall nos sirve para reconocer hasta qué punto nos son necesarios esos bienes comunes o relacionales, hasta qué punto nos configura a los seres humanos la relación compartida, antes y después del mercado y del Estado, con nuestros prójimos. Con palabras de Leonardo Boff, diremos que “antes que cualquier otra cosa, el ser humano es alguien que debe ser cuidado” (Boff, 2012: 36). Porque, como dejó escrito Erasmo de Rotterdam hace más de cinco siglos (2000: 171):

“Sólo creó desnudo al hombre, débil, tierno, desarmado, de carne blandísima y cutis delicado... sólo el hombre nace en un estado que por mucho tiempo le obliga a depender totalmente de ayuda ajena. No sabe ni hablar, ni andar, ni buscarse la comida, sólo implorar asistencia berreando, para que de ahí podamos deducir que se trata del único animal nacido exclusivamente para la amistad, que principalmente madura y se refuerza con la ayuda mutua. Por eso la naturaleza ha querido que el hombre reciba el don de la vida no tanto por sí mismo como para orientarlo hacia el amor, para que entienda bien que está destinado a la gratitud y la amistad. Es así que no le dio un aspecto feo u horrible como a otros sino dulce, pacífico, marcado por el sello del amor y la ternura. Le dio una mirada afectuosa que refleja los movimientos del alma. Le dio brazos capaces de abrazar. Le dio el sentido del beso para que las almas puedan unirse al mismo tiempo que se unen los cuerpos. Sólo a él le acordó la risa, signo de la alegría. Sólo a él le acordó las lágrimas, símbolo de clemencia y de misericordia.”

El contacto con autoras como, por ejemplo, María Ángeles Durán (Durán, 2012), Constanza Tobío (Tobío y otras, 2012) o Mary Daly (Daly, 2002) nos ayuda a revelar o a desvelar toda esa realidad de los cuidados, del trabajo no remunerado, de las redes familiares y comunitarias que muchas veces nuestra mirada no registra, que ha quedado (muchas veces interesadamente) oculta ante los radares de la economía o de la política, en buena medida porque, en un contexto social, económico y cultural de división sexual del trabajo muchas mujeres han proporcionado esos cuidados, esos apoyos, esos bienes de forma socialmente útil, económicamente gratuita y culturalmente invisible.

El ejemplo de Pasqual Maragall nos sirve también para ilustrar la idea de agregado de bienestar (*welfare mix*) (Herrera y Castón, 2003: 204; Moreno, 2012: 198), entendido como la combinación de factores o agentes que, en un lugar y momento determinados, tiene a disposición una persona en términos de protección, bienestar o política social. En realidad, cuando se estudian los llamados regímenes de bienestar y sus lógicas de funcionamiento (una última aproximación, muy interesante, en Moreno, 2012: 53-57), lo que se hace es analizar el peso, la configuración y la articulación de esas esferas o mundos que venimos estudiando. Diríamos que esos cuatro grandes tipos de acción y relación a los que nos hemos referido pueden entenderse (y se entienden en muchos análisis) como los cuatro ingredientes que, en función de su mayor o menor presencia y en función de las interacciones que mantienen entre ellos, definen unos u otros modelos o sistemas de bienestar.

Nos situamos, por tanto, en la estela de quienes entienden que, en la medida en que nuestras sociedades se vuelven más complejas, interactivas y reflexivas, se hace necesario el concurso sinérgico de una mayor multiplicidad de agentes y que es en ese contexto en el que en las últimas décadas el mundo de la acción voluntaria, las organizaciones y el sector voluntario se encuentran ante la oportunidad y el reto de adoptar un papel relevante para el bienestar de la población. Volviendo al dibujo de Pestoff, nos atrevemos a afirmar que, hoy y aquí, cualquier propuesta de política social, cualquier modelo de bienestar tendrá que decir que espera de (y qué propone para) esa esfera de la vida social, para ese tercer sector (tercer sector de cuatro, como señala Demetrio Casado, quien ya los dibuja con nitidez en *El bienestar social acorralado*, de 1986). Entendemos que cada una de esas esferas tiene sentido y vida propias y no son el subproducto de los fallos de otra de las esferas. Responden a lógicas y dinámicas

profundas que, con un nombre u otro, han existido desde tiempo atrás en la historia de la humanidad.

Este análisis y esta visión de las diferentes esferas en términos de complejidad y de sinergia, incorpora, además, otro concepto que tomamos de Habermas, cuando habla de la colonización (Fantova, 2005: 45) del mundo de la vida. Hablaríamos de colonización para referirnos a la incorporación o utilización en una esfera de la racionalidad o la lógica propia de otra. Vale para el nepotismo o el clientelismo desde la Administración, vale para la burocratización del tercer sector, vale para la mercantilización de las relaciones familiares y comunitarias y así sucesivamente... La idea de colonización, por otro lado, la podemos conectar con la de “sucedáneo” (Jaraiz, 2011: 269), en la medida en que cada esfera, al menos en alguna medida, es insustituible o irremplazable a la hora de proporcionar los bienes o de articular las lógicas que le son propias.

Hasta aquí, por tanto, nuestra primera aproximación, general y básica, al objeto de nuestro interés, esto es, a la acción voluntaria. Se habrá notado, por cierto, que tenemos más tendencia a hablar de “acción voluntaria” que de “voluntariado” y quizá sea el momento de explicarlo. Aunque en ambos casos estemos hablando de lo mismo, nos parece que el término “voluntariado” está más asociado al concepto jurídicamente acuñado en las leyes, concepto (y ámbito) al que, en este artículo, no nos queremos circunscribir y limitar. Creemos que la “acción voluntaria” que venimos dibujando en estas páginas no se agota en el “voluntariado” codificado legalmente y reconocido administrativamente en nuestro país. No queremos, por tanto, al menos en este artículo, establecer fronteras demasiado rígidas con lo que José Manuel Fresno y Andreas Tsolakis denominan “otras formas de participación social, compromiso cívico y acciones solidarias” (Fresno y Tsolakis, 2012: 11) con las que, como estos autores señalan, huyendo de dogmatismos y ortodoxias, se mezcla y entrecruza el voluntariado.

Hablamos y hablaremos, por tanto, de “voluntariado” y “tercer sector” pero, frecuentemente, preferiremos otras equivalentes pero quizá menos connotadas (“acción voluntaria”, “sector voluntario”) para intentar referirnos a una realidad más inclusiva y amplia, recogiendo experiencias y prácticas que, incluso, en algunas ocasiones, no utilizarán dicha terminología para identificarse. Siendo conscientes de que, como corresponde a un artículo de corte reflexivo y estratégico, nos vamos a mover en una tensión entre el “ser” y el “deber ser” buscando, en palabras de Paulo Freire el “inédito viable”.

4. Análisis del contexto de recesión económica y cambio de época: bosquejo de un relato

Posiblemente la palabra “crisis” se está utilizando en muchos momentos para referirse a muy diferentes conjuntos de fenómenos y está, incluso, vehiculando interpretaciones contrapuestas de dichos fenómenos. Recordemos que llevábamos décadas hablando de la crisis del modelo (o del Estado) de bienestar (incluso cuando en nuestra economía se creaban millones de nuevos empleos y se ampliaba, legislatura tras legislatura, el catálogo de derechos y prestaciones sociales). Intentemos, por tanto, diferenciar y articular dos contextos relacionados (más o menos encajados o desencajados) entre sí:

- La situación de círculo vicioso entre recesión económica, aumento del desempleo y recortes en el gasto e inversión pública de carácter social en la que llevamos desde 2008 en España y en Europa en buena medida.
- La situación de modificación profunda de las condiciones de posibilidad del modelo de bienestar (del modelo social) que se produce en el conjunto de países occidentales en el último cuarto del siglo XX y los primeros años del siglo XXI.

No resulta difícil suponer que ambos contextos están relacionados entre sí, pero no nos resulta sencillo explicar de qué manera. Sí parece, en todo caso, que como dice una conocida canción, nada volverá a ser como antes y se ha dicho que “no nos enfrentamos a una coyuntura de crisis. No estamos ante algo que pasará y que nos permitirá volver a nuestras formas

tradicionales de trabajo y acción. Vivimos un cambio de época, y su manifestación más evidente es la actual situación de grave crisis económica, financiera, productiva y social. (Subirats, 2010: 16). Y cabe decir, al menos, que la situación de recesión, desempleo y debilitamiento de las políticas públicas sociales que estamos viviendo en los últimos años pone de manifiesto la fragilidad de la expectativa o de la promesa de sinergia sostenida y sostenible entre crecimiento económico y Estado de bienestar que nos habían o habíamos hecho. Y que, en cualquier caso, la crisis de los últimos años, si bien se explica en parte por decisiones de personas y coyunturas de países, posiblemente no se entiende en profundidad si no comprendemos ese contexto de crisis más amplia, de esos procesos de cambio social que venimos viviendo en las últimas décadas del siglo pasado y el comienzo de éste a escala global (ver más extensamente, en Gómez Serrano, 2011: 51-54).

Y bebiendo en diversos autores (Bauman, Beck, Castells, Giddens... recogidos y referenciados más ampliamente, por ejemplo, en Fantova, 2009 y Fantova, 2011) intentaríamos un resumen muy sintético de esos procesos refiriéndonos a una globalización económica (catalizada en buena medida por los avances de la sociedad de la información y el conocimiento y expresada en gran medida en una economía cada vez más financiera) que ha incrementado enormemente las oportunidades para el bienestar de algunos grupos de seres humanos en el mundo pero que, a la vez, ha ensanchado las desigualdades y ha multiplicado una serie de riesgos económicos, sociales y medioambientales crecientemente interconectados y complejos y cada vez más difíciles de anticipar y abordar. Un proceso de globalización económica que, a escala mundial, ha impulsado y ensanchado la pujanza de la esfera del mercado, institución valiosa que, sin embargo, no sabe mucho, decimos, de necesidades sociales o de sostenibilidad ecológica, sino más bien de demanda solvente y de plazos cortos.

Esa dinámica de globalización y mercantilización resulta productiva y crea riqueza y, a la vez, contribuye a la movilidad geográfica, transmisión de la información y cambio cultural de las personas y a una individualización de sus trayectorias, de modo que mucha gente, venturosamente, puede desembarazarse de determinados controles y estructuras conyugales, familiares o sociales pero, a la vez, mucha gente pierde vínculos de apoyo, bienes relacionales, solidaridades colectivas o claves de identidad... Tomando la idea de Enrique Gil Calvo, que compara el capital social (las relaciones de confianza) con el colesterol (para decir que hay del bueno y del malo), diríamos que la situación hace bajar el capital social malo, pero también el bueno... Y ello ocurre, en un momento, precisamente, en el que las mejoras en desarrollo tecnológico, atención sanitaria y calidad de vida, entre otros factores, hacen que se incremente el número y longevidad de las personas con limitaciones importantes en su autonomía funcional, a la vez que permiten (fundamentalmente a las mujeres) ejercer un control cada vez más eficaz de la natalidad.

El Estado y la democracia siguen siendo, a nuestro entender, una herramienta imprescindible (entre otras cosas de protección social) que periódicamente vuelve a darnos motivos para la esperanza (y que, tras la caída del *comunismo real* carece, aparentemente, de alternativa) pero no cabe duda de que en muchos momentos también percibimos que ese instrumento resulta torpe y se ve desbordado, por decirlo así, *por arriba y por abajo*. Por arriba, desde el poder opaco e inmenso de determinados agentes económicos, generándose dinámicas de corrupción y deslegitimación que van colocando a las personas con responsabilidad política bajo la consideración, muchas veces, de “élites extractivas” (Acemoglu y Robinson, 2012) por parte de sociedades progresivamente más refugiadas en la vida privada. Por debajo, por la complejidad de nuevos riesgos y procesos sociales de nuestra vida cotidiana a los que no sabe cómo responder y por las crecientes exigencias, en ocasiones desde claves consumistas, de las personas beneficiarias y trabajadoras de los servicios y políticas públicas.

Como se ve, ensayamos una lectura que intenta poner de manifiesto los perjuicios y también los beneficios de los procesos y situaciones que describe y que, a la vez, intenta colocarnos, dentro, como agentes responsables. Siguiendo a Galbraith proponemos situarnos, al menos en alguna medida, como miembros de esas “mayorías satisfechas” de un país y un continente (con unos determinados valores y comportamientos predominantes a la hora de consumir, acumular, endeudarnos...) que, si operamos con un mínimo de honestidad intelectual, no

podemos *lavarnos las manos* en relación con las situaciones que vivimos, a veces con sorpresa, sorpresa en alguna medida criticable cuando situaciones mucho más inhumanas y deshumanizantes venían ocurriendo (y siguen pasando) a grandes mayorías de la población en muchos lugares y países del mundo.

Intentamos ver las fortalezas y oportunidades junto a las debilidades y amenazas, ya que los mismos conocimientos científicos y capacidades tecnológicas que facilitan que se nos articule, organice o manipule en o como mercados o que se nos vigile, controle o asuste desde poderes públicos a veces tremendamente opacos, también están a nuestra disposición para establecer, fortalecer y extender lazos de confianza, dinámicas de colaboración, lógicas de innovación, procesos de transformación social. Como decía aquella pintada de los verdes alemanes, no podemos decir que “estamos” en un atasco, nadie “está” en un atasco sino que, necesariamente, “forma parte” del atasco. Y tú me lo preguntas, el atasco eres tú...

Ciertamente, a la hora de analizar estas situaciones a las que nos enfrentamos y las respuestas que se están dando, el discurso y la propuesta más potente y penetrante es la que suele denominarse neoliberal y que podríamos simbolizar, por ejemplo, en el concepto británico de Gran Sociedad (*Big Society*) (Alcock, 2012). Desde esta perspectiva se presenta el gasto público social no como parte de la solución sino como parte del problema, en diferentes versiones, muchas veces complementarias: como despilfarro que no nos podíamos permitir y que nos ha endeudado de forma insostenible; como redistribución injusta que perjudica los intereses de importantes capas sociales y desincentiva el esfuerzo y la responsabilidad individuales; como dinámica insostenible, que nos resta competitividad y que antes o después se deberá interrumpir, quizá abruptamente...

En Italia, defensores del denominado Segundo Bienestar (*Secondo Welfare*) dan por buena la tesis de la imposibilidad económica de hacer frente, hoy y aquí, a las exigencias de gasto del Estado de bienestar, señalando que:

“La premisa de la propuesta sintetizada en la etiqueta “segundo bienestar” es, obviamente, la crisis del estado de bienestar tradicional, es decir, de aquel sistema de formas obligatorias de protección social que cubren los riesgos fundamentales de la existencia en las sociedades modernizadas, es decir, los riesgos conectados con la salud, la vejez, los accidentes de trabajo, el desempleo, la discapacidad (...). En todos los países que lo han puesto en marcha este sistema está en crisis en el sentido de que los estados no alcanzan más a cubrir los costes conectados a las rápidas transformaciones de la estructura demográfica y de las necesidades sociales, en particular por el surgimiento de los denominados “nuevos riesgos”. (Colozzi, 2012: 9).

Desde luego que no es lo mismo la *Big Society* que el *Secondo Welfare*, pero podríamos decir que ambos coinciden (con otros muchos) en la línea de la cita de Enric Juliana con la que comenzábamos el artículo. Esta crisis económica que comienza al final de la primera década del siglo XXI supondría la sentencia de muerte del Estado de bienestar. ¿Tiene alternativa este pensamiento que, en ocasiones, se presenta y se percibe como único? Diríamos que existe, ciertamente, un relato alternativo (o antagónico) predominante entre las fuerzas políticas, sindicales, intelectuales, sociales o intelectuales que se han reclamado, histórica o clásicamente, como más defensoras del Estado de bienestar y que tiende a apuntar en la línea de más fiscalidad y más redistribución como la herramienta clave para superar la situación en la que nos encontramos. Según esta visión no existiría un problema real de concepción, desarrollo o sostenibilidad de las políticas de bienestar y del modelo social y bastaría con combatir el fraude fiscal e incrementar, al menos en algunos tipos y segmentos impositivos, la presión fiscal para que cuadren las cuentas... de un gasto público creciente y necesariamente más redistributivo.

Sin embargo este segundo relato suele adolecer, a nuestro entender, de algunas debilidades. En primer lugar no reconoce suficientemente algunos que Luis Moreno denomina “efectos perversos, apropiaciones indebidas y riesgos morales” (Moreno, 2012: 89) de los sistemas de bienestar realmente existentes, determinadas ineficiencias y disfunciones de algunos

planteamientos clásicos en las políticas de bienestar, en lo que han tenido y tienen en ciertas ocasiones, por ejemplo, de paternalistas o clientelares. Ya hace dos décadas leíamos a Habermas de la mano de Zubero que señalaba:

“La socialdemocracia -escribe Habermas- se ha visto sorprendida por la específica lógica sistémica del poder estatal, del que creyó poder servirse como un instrumento neutral, para imponer, en términos de estado social, la universalización de los derechos ciudadanos. No es el estado social el que se ha revelado como una ilusión, sino la expectativa de poder poner en marcha con medios administrativos formas emancipadas de vida” (Zubero, 1994: 165).

O, en palabras de Fernando Vidal:

“La estatalización, lejos de haber vacunado a la sociedad contra el neoliberalismo, ha sido un factor que lo ha acelerado porque ha individualizado, no ha empoderado las comunidades ni los vínculos y ha abstraído a los sujetos, restándoles resistencia y resiliencia social” (Vidal, 2008: 288).

Por otra parte, entendemos que este planteamiento alternativo o antitético predominante quizá no tiene en cuenta suficientemente la capacidad combinada de los electorados nacionales y los mercados internacionales para oponerse eficazmente a las políticas de elevación de la presión fiscal y redistribución de recursos que se proponen (por justificadas que puedan estar en muchos casos, atendiendo a argumentos de mejora de equidad, equiparación con otros países y así sucesivamente). Se trata, quizá, de analizar con más detenimiento las características y dinámicas del cuerpo social que debe dar apoyo y vigor a las propuestas que se hagan. Constatamos, entonces que:

“En términos generales hemos visto como en los últimos tiempos ha incrementado la urgencia en la cobertura de necesidades básicas, y (...) proliferan muchas personas que por primera vez caen por debajo del umbral de la pobreza o desarrollan procesos de exclusión social. En muchos casos se trata de personas y grupos sociales cuya única fuente de ingresos proviene de un puesto de trabajo perdido por efecto de la crisis, a lo que se suma la imposibilidad de hacer frente al pago de la vivienda o de las necesidades más básicas de alimentación y servicios. En otros casos, se trata de personas con una red social enormemente frágil o inexistente que, ante una situación de emergencia, no pueden reaccionar prestando la cobertura necesaria. Así, la debilidad de los vínculos sociales y de las redes sociales de protección se añaden a los recortes de las ayudas y servicios públicos y a las dificultades económicas y la falta de empleo. Los sentimientos de frustración, de fracaso y de incapacidad que todo ello puede conllevar están siendo el caldo de cultivo para un nuevo escenario sociosanitario sobre el que algunos empiezan ya a alertarnos” (Subirats, 2010: 47).

Diríamos que algunos sectores de las (hasta ahora) mayorías satisfechas de países como el nuestro se ven más clara y directamente afectadas o amenazadas por la crisis. Cambian sus expectativas y sus temores. La angustia, el miedo, el pánico... están más presentes en sus vidas, en sus conversaciones, en sus decisiones (en nuestra vida, en nuestras conversaciones, en nuestras decisiones)... Aparte de las consecuencias sociosanitarias, analicemos las consecuencias políticas: en 2011 pocos meses después del fenómeno del 15-M (plazas llenas de personas indignadas en España), el Partido Popular (que no puede decirse que representa el pensamiento de las personas que llenaron las plazas) gana por mayoría absoluta.

Quizá el pensamiento alternativo predominante (el pueblo de izquierdas que decía Enric Juliana) no se ha hecho cargo suficientemente de las transformaciones que, sobre el propio cuerpo social, se están operando en el contexto los procesos de cambio que hemos intentado describir. Así, frente a la visión tradicional dicotómica de dos sujetos sociales (la mayoría trabajadora y la minoría capitalista), frente a la línea divisoria tradicional relacionada con la ubicación de los sujetos en el concierto (o desconcierto) de las relaciones económicas, productivas y laborales, nos encontramos cada vez más con líneas divisorias y tensiones

sociales estructuradas en torno a otros procesos y factores: sexo, edad, capacidad, origen, religión... Y ello, como no puede ser de otra manera, afecta a las alianzas disponibles y a las estrategias posibles. Nos encontramos, por tanto, ante nuevos sujetos y ante nuevas agendas que ya no son (al menos no sólo) las de la democracia industrial y las de la tradicional controversia entre derecha e izquierda. Ya no vale el pacto social tradicional entre empresarios-varones-blancos-de mediana edad y obreros-varones-blancos-de mediana edad (por decirlo de forma gráfica) porque, incluso aunque se produjera, dejaría fuera a la mayor parte de la población, aquí y fuera de aquí.

Y en ese contexto de cambio de agenda y agentes, nos preguntamos en qué medida el reto de los “nuevos riesgos sociales” (Taylor-Gooby, 2013: 108-115) es puramente cuantitativo (es decir, el reto tiene que ver con que hay riesgos que afectaban a pocas personas y ahora afectan a más personas o con que a los viejos riesgos se suman otros nuevos) o en qué medida, cuando hablamos de nuevos riesgos sociales, hay un cambio cualitativo en cuanto a la naturaleza de dichos riesgos y, consiguientemente, del tipo de respuesta que pueden recibir. Quizá no se trata sólo de más riesgos sino también de riesgos más imprevisibles, complejos, interactivos... Quizá nos resulte útil, de pronto, desempolvar la vieja ley marxista del paso de la cantidad a la calidad porque, posiblemente, determinados fenómenos cambian de naturaleza y significado cuando alcanzan, en la sociedad, una determinada masa crítica...

Quizá en este momento de cambio social que estamos intentando dibujar, podamos intuir, podamos plantear la hipótesis de que adquiere cada vez mayor centralidad y relevancia la grieta, la fractura, el desacoplamiento que se está produciendo entre la cantidad y diversidad de personas con limitaciones en su autonomía funcional (en su autonomía personal en definitiva) y la capacidad de las redes familiares y comunitarias de brindarles apoyo a lo largo del ciclo de su vida. Y como *núcleo duro* del asunto: ¿Cuál es el peso y la centralidad de la “crisis de los cuidados” dentro de la crisis o de las crisis que estamos viviendo? ¿No está ahí encontrándose el sistema de bienestar (y el modelo social) con una frontera cualitativamente nueva (no sólo con un incremento cuantitativo de necesidades) y en una paradoja sistémica, más allá de los aspectos económicos que todo ello supone?

Recientemente una persona que, por su trabajo, se asoma cada día a la situación de las personas en situación de dependencia funcional alertaba de un seguro incremento, a no tardar mucho, de la demanda social de la eutanasia. Sin entrar ahora al debate ético y jurídico al respecto, tomemos ese comentario como un indicador de algo que se nos viene encima, quizá como un tsunami que se ve llegar allá a lo lejos (o no tanto). Si ya hoy la angustia de muchas personas a la hora de gestionar sus situaciones actuales o futuras de limitación funcional (o de menoscabo de la autonomía personal) o las de personas cercanas está presente en el entorno de todas y cada una de nosotras, pensemos qué va a ir ocurriendo a medida que dichas situaciones se vivan en contextos de menos red familiar, de menos protección pública, de menos poder adquisitivo... como las que se pueden avizorar en el futuro para grandes mayorías sociales. ¿No estamos hablando de la cara oculta de la luna, de la parte sumergida del iceberg? ¿En qué medida nuestra mirada económica, política, cultural, académica ha sido y sigue siendo adiestrada y condicionada para no ver esa realidad, para ignorar todo ese mundo de cuidados, relaciones, apoyos?

Quizá, del mismo modo que, en alguna medida, hemos ido cobrando conciencia de las consecuencias para la sostenibilidad medioambiental de nuestro modelo de desarrollo, sea el momento de que nos hagamos más radicalmente conscientes del reto para la sostenibilidad social que supone la profunda transformación humana que estamos viviendo en el terreno de los apoyos y relaciones familiares y comunitarias, en el terreno de los lazos compartidos y los bienes comunes que nos configuran como sociedad antes y después (por encima y por debajo, vale decir) de las estructuras y dinámicas del mercado y del Estado y que nos hacen sentirnos individualmente responsables de la suerte colectiva.

Posiblemente un gran talón de Aquiles de nuestras sociedades occidentales mercantilizadas y consumistas, de nuestros Estados de bienestar en buena medida burocratizados y recortados está en el permanente achique de espacios que representan para el funcionamiento más

genuino y humanizador de las personas, aquel en el que construyen vínculos gratuitos en los que se hacen personalmente responsables de la situación de otras personas. En la medida en que se socavan las condiciones de posibilidad para la construcción de relaciones de confianza, de actitudes responsables, de dinámicas de colaboración mutualista y altruista, se carcomen los cimientos de la sociedad democrática, libre y justa que deseamos.

Quizá la crisis, las crisis que estamos viviendo nos está diciendo algo sobre nuestro modelo de crecimiento, sobre nuestro sistema de bienestar porque quizá representan una llamada de atención sobre una sociedad excesiva e inadecuadamente mercantilizada, sobre una cultura que ha puesto excesiva e inadecuadamente su esperanza en el consumo actual y una pretendida seguridad económica futura proporcionada por esas entidades financieras a las que entregamos nuestros fondos para que jueguen con ellos o ese Estado anónimo al que le exigimos cada día más... ¿No será un aldabonazo para recuperar valores como la sobriedad, la solidaridad, la responsabilidad, el emprendizaje, el encuentro, la sostenibilidad? Y entonces hemos de preguntarnos sobre las condiciones políticas, económicas, sociales y culturales que podrían hacer posible un abordaje más humanista, comunitario, proactivo, estratégico y ecológico de esta crisis de la que hablamos...

Por tanto, la crisis, las crisis que pueden leerse como un terrible fallo sistémico del autocontrol de la esfera del mercado o del control del mercado por parte de las instituciones (en especial públicas), también pueden interpretarse como una manifestación de la debilidad de la esfera comunitaria, del ámbito de la coproducción y codisfrute de bienes relacionales (crisis de los cuidados, del tejido comunitario, el capital social). También como una crisis de los sujetos sociales, de las agendas públicas y las alianzas políticas que estaban en la base del contrato social de la democracia industrial, del Estado de bienestar, del modelo social europeo... Quizá pensando en la libertad y la igualdad, dimos la fraternidad por supuesta, por descontada... Sigamos.

5. El mundo de la acción voluntaria en su contexto

¿Y cómo está afectando y puede afectar al mundo de la acción voluntaria, a las organizaciones voluntarias, al sector voluntario este contexto o estos contextos que hemos intentado bosquejar o escudriñar en el apartado anterior? ¿Qué descubrimos si, a partir de la visión global que acabamos de intentar dibujar, ponemos el foco sobre el mundo de la acción voluntaria, del tercer sector social y solidario del que venimos hablando?

Por nuestro contacto directo con el sector y por la información secundaria que hemos podido manejar (recogida en la bibliografía), a lo largo de estas décadas hemos ido construyendo la percepción de un tercer sector de acción social (que vendría a constituir la parte más arquetípica y estructurada del mundo de la acción voluntaria que estamos intentando reconocer) dedicado cada vez más a la gestión de servicios cada vez más estandarizados, dependientes de la financiación pública (en la medida en que, al menos según la letra de las leyes, deberían considerarse en general de responsabilidad pública). Percibimos a muchas organizaciones encajadas por décadas en un tipo de servicios para un determinado colectivo poblacional rígidamente definido, con crecientes dificultades para ver más allá, para innovar... Percibimos en el tercer sector una pulsión cada vez mayor a la defensa de un nicho de mercado social. Percibimos brechas que se abren entre las organizaciones más profesionalizadas y las que podríamos llamar *de base*. Percibimos una creciente tendencia de las organizaciones a relacionarse con las personas como clientes y una creciente dificultad para ser cauce de ayuda mutua, autogestión, voluntariado...

Nuestra percepción coincidiría en buena medida con el que Ángel Zurdo retrata como "arquetipo dominante" (Zurdo, 2011: 93) del voluntariado que hay en nuestro entorno. Para Zurdo los procesos sociales de individualización, despolitización e instrumentalización por parte del Estado explican

“al menos parcialmente, el progresivo debilitamiento de la participación social en España, proceso que permaneció velado entre mediados de los años noventa y mitad de la década pasada, en el contexto de emergencia –de carácter “explosivo”- y la rápida institucionalización del voluntariado en España (...). Por otro lado el crecimiento exponencial del número de entidades en el Tercer Sector –orientadas en su mayor parte hacia los servicios y la gestión, y frecuentemente concertadas con y dependientes en su acción de la Administración- caracterizadas en su segmento central por una progresiva profesionalización y por el despliegue de estructuras de funcionamiento no democrático o pseudodemocrático (en definitiva, en el contexto de un rápido proceso de racionalización formal –en el sentido weberiano- del sector) también actuó como un elemento enmascarador del declive del perfil organizativo ligado a la asociación-movimiento (...). La concreción del proceso de individualización en la esfera del voluntariado no sólo nos remite a su asociación generalizada a actividades desempeñadas individualmente (sin imbricación comunitaria), a la configuración de itinerarios participativos fragmentados, discontinuos –flexibles-, o a la progresiva presencia de orientaciones motivacionales individualistas (de carácter expresivo y utilitario), sino que refleja un modelo de participación atravesado –en su segmento más representativo- por la búsqueda de un “asidero identitario” (en un contexto de fuerte fragilización del yo), y por una cierta ‘debilidad cívica’ (Zurdo, 2011: 93-94).

Ángel Zurdo va más allá y señala que “en el actual estadio avanzado de individualización –y a la luz del material empírico de las investigaciones en las que hemos participado- parece poco probable la articulación social autónoma de uno o varios modelos participativos “alternativos” (que consigan una receptividad social amplia), o atisbar la posibilidad de alteración profunda del segmento central del voluntariado (el voluntariado de tareas o servicios), dado que éste responde a los “requerimientos” sociales que plantea el proceso de individualización en el espacio de la participación social” (Zurdo, 2011: 94). Y se refiere a fenómenos como el “voluntariado de puerta giratoria” (Zurdo, 2011: 105) (el de aquellas personas que cambian con frecuencia de actividad de voluntariado) o el “voluntariado profesionalista” (Zurdo, 2011: 124) (impulsado por el altísimo nivel de desempleo juvenil). En definitiva, un voluntariado entendido excesivamente como recurso, instrumentalizado.

Es el voluntario espectador, no protagonista (Aranguren, 2011), en relación con el cual se nos dice que, “a pesar del crecimiento y la regularización del voluntariado social, y de la asalarización progresiva del sector, el nivel de participación ciudadana en las entidades del Tercer Sector se ha visto reducido en las últimas décadas. De este modo, muchas entidades temen por su futuro en términos de relevo generacional, más allá de las estructuras económicas que hayan logrado asentar y, por ello, en algunos casos empiezan a plantearse procesos de reestructuración, de apertura y de sensibilización social que permitan, a corto plazo, afrontar estas debilidades” (Subirats, 2010: 47).

En un contexto como el español, de comparativamente débil tejido voluntario y cultura participativa (19% de personas voluntarias frente a una media de 30% en la Unión Europea) (Fresno y Tsolakis, 2011: 32), esta trayectoria anterior, combinada con la situación de crisis de los últimos años puede estarse convirtiendo o convertirse, a nuestro juicio, en una trampa peligrosa. Si es verdad que estamos perdiendo capacidad reflexiva e innovadora, si es verdad que nuestras organizaciones están demasiado encajonadas en la gestión de una serie de servicios para la Administración, si es verdad que estamos perdiendo valor añadido relacional y comunitario... ¿qué pasa en esta crisis? Pues que podemos encontrarnos en medio de la peligrosa confluencia de tres fenómenos o tendencias que mencionaríamos esquemáticamente:

- La demanda de los servicios e intervenciones de las organizaciones voluntarias se incrementa y se presenta con más intensidad, con más urgencia, en claves de nuevo más asistencialistas, paternalistas, economicistas, materialistas y menos relacionales, comunitarias, transversales, transformadoras...
- Los fondos públicos con los que se financia buena parte de las actividades de estas organizaciones y personas se limitan y condicionan en mayor medida y las administraciones públicas tienen incentivos para abaratar costes, para buscar

intervenciones cortoplacistas, para incrementar las exigencias unidireccionales hacia las entidades que colaboran con ellas, para intentar sustituir trabajo remunerado por trabajo voluntario...

- La competencia entre organizaciones (tanto no lucrativas como lucrativas) tiende a acentuarse en un escenario donde se fortalecen estrategias reactivas y adaptativas de *achique de espacios*, planteamientos corporativistas y *defensas numantinas* que van ganando terreno frente a las dinámicas de colaboración, alianza, red, transparencia...

En este contexto, a nuestro entender, unas organizaciones del tercer sector corren el riesgo (ya está ocurriendo) de desaparecer y otras, más bien, de perder de forma cada vez más notable sus señas de identidad como iniciativa social siendo colonizadas por lógicas y prácticas de carácter autoritario y mercantilista. Así, Donati, refiriéndose al tercer sector (*Privato soziale*), afirma que “estas organizaciones están hoy presas de la esquizofrenia Estado versus Mercado, en lugar de tender a desarrollar la propia reflexividad relacional interna y externa” (Donati, 2012: 30).

Efectivamente, en los estudios recientes que hemos podido revisar se recoge que “sólo una mínima parte de las personas voluntarias realizan actividades directivas en su organización, y su presencia tiende a disminuir” (SIIS, 2011: 62) y que:

“Las *nuevas tendencias* de participación voluntaria apuntan a un cambio en las formas de ejercer el voluntariado (en la intensidad de la acción, en el tiempo dedicado, en el vínculo que se establece con la organización, en el nivel de compromiso, etc.) caracterizado por una acción más puntual o intermitente, con una vinculación más débil con la organización, más individualizada o que se materializa de manera distinta (por ejemplo, menos presencial como ocurre con el cibervoluntariado) o con una menor asunción de responsabilidades. Se puede hablar también de un voluntariado más centrado en las tareas o servicios que se basa en la realización de tareas concretas predefinidas. De ahí que en ocasiones, el voluntariado se identifique más con la tarea que con la propia organización y que su participación o implicación interna pueda llegar a ser más reducida que en el pasado” (Gobierno Vasco, 2012: 229).

En otros estudios se nos invita a “analizar las causas del desajuste creciente entre oferta y demanda. Es decir, entre las expectativas, deseos e inquietudes que tienen las personas voluntarias y lo que las entidades de voluntariado ofrecen a las mismas. En el marco de esta reflexión y como consecuencia de esta tendencia, conviene también profundizar en la emergencia y proliferación, de nuevas formas de voluntariado al margen de las organizaciones” (Fresno y Tsolakis, 2012: 21). Zurdo dibuja un “esquema general de nula conflictividad con el poder, de incardinación funcional y subordinación acrítica con respecto a los programas de bienestar y las directrices estatales. Este perfil, lejos de debilitarse, previsiblemente se acentuará en el marco de la actual crisis y del profundo proceso de “*reforma social*” en curso (y que en Europa afecta especialmente a los países “*semiperiféricos*”)” (Zurdo, 2011: 123).

El panorama que percibimos y lo que rescatamos de los estudios más recientes no es, por tanto, halagüeño. La realidad mayoritaria del mundo de la acción voluntaria (al menos de la más institucionalizada y estudiada) y del tercer sector parece, en los últimos años, estar adquiriendo perfiles poco prometedores. Sin embargo, desde la experiencia cotidiana y desde la revisión del material empírico disponible (ver por ejemplo el interesante análisis de debilidades, amenazas, fortalezas y oportunidades en PVE, 2011: 241-256) también podemos hablar: de la resistencia y la resiliencia de muchas personas e iniciativas de acción voluntaria (con diversos nombres, configuraciones e incardinaciones); de la capacidad de respuesta próxima y rápida de muchas organizaciones; del reconocimiento y prestigio social de los valores del voluntariado en nuestra sociedad; de buenas prácticas de intervención social y política pública; de pequeñas y grandes organizaciones que están viviendo estas situaciones que nos aquejan como oportunidad para redescubrirse, reinventarse o recolocarse estratégicamente ganando en autonomía y proyección; de la reputación y confianza de la que gozan muchas organizaciones; de las experiencias innovadoras que aparecen por doquier; del aprovechamiento de internet y las redes sociales para la movilización de la población; de

nuevas experiencias de financiación social; de la mejora de la gestión de muchas organizaciones; del incremento de la diversidad entre las personas voluntarias; de personas asociadas o militantes con mejor formación cada vez; del trabajo en red que se practica; de la hibridación y el mestizaje entre organizaciones de sectores y culturas diferentes; de iniciativas de acompañamiento o investigación en relación con la acción voluntaria, la participación asociativa y el trabajo militante; de la demanda social de tiempo disponible para la participación y la cooperación, como elemento de calidad de vida...

Así, Manuel Castells señala que, que “la crisis de los años treinta y los conflictos y guerras que la acompañaron enterraron el mito de la autorregulación del mercado y dieron paso a la intervención del Estado y a la expansión del sector público financiada por impuestos y contribuciones no voluntarias. Sanidad, educación pensiones, seguro de desempleo y vacaciones pagadas y una amplia gama de prestaciones pasaron a ser la trama de nuestras vidas” (Castells, 2010). Del mismo modo, en este momento, dice:

“Cuando las cosas no funcionan como antes y hay que inventar, cambios culturales minoritarios que están en la sociedad hallan el momento para difundirse (...) los múltiples experimentos que miles de jóvenes y menos jóvenes llevan a cabo en toda la geografía europea (...): cooperativas de consumo y producción, huertos urbanos, redes de moneda alternativa (...), mercados de intercambio personales o por internet, redes de ayuda mutua. Una cultura de cooperación que sustituye a la competición, afirma el tiempo de la vida sobre el vivir para consumir y quiere ser natural para desintoxicarse de lo químico. Aprovechar la crisis para replantearse el sinsentido de una vida loca” (Castells, 2010).

Creemos no caer en el voluntarismo y el ilusionismo, entonces, cuando encontramos evidencias y razones para pensar que un sector significativo de la acción voluntaria, las organizaciones solidarias y las redes del tercer sector pueden sortear esas trampas de las que hemos hablado o salir de ellas. Para ello, en todo caso, será fundamental, a nuestro juicio, comprender y abordar eficaz y creativamente la encrucijada estratégica en la que se encuentran. La realidad del tercer sector que hace intervención social está sufriendo una convulsión en nuestro entorno, mucha parte del tejido voluntario no responde, seguramente, a los parámetros de fuerza transformadora y civilizatoria con los que lo hemos presentado al principio del artículo. Sin embargo la urgencia histórica de la hora que estamos viviendo, el sufrimiento y desesperanza de tantas personas representa una exigencia para el pensamiento y la acción. Por hacer viables y eficaces, hoy y aquí, los valores y prácticas que constituyen la esencia y la naturaleza del mundo de la acción voluntaria, valores y prácticas como la ayuda mutua, la reciprocidad, la reflexión crítica, la innovación, la frugalidad, la donación... En el género humano late y brota sin cesar el deseo de ayudar sin esperar nada a cambio, la voluntad de encontrarse y compartir, la iniciativa para agruparse y mejorar el entorno, el emprendimiento dinámico y solidario para la respuesta a necesidades sociales... Veamos cómo, con qué orientación, con qué estrategia puede eso hacerse hoy y aquí.

6. Una encrucijada y una agenda estratégica

La reflexión realizada hasta el momento nos coloca, posiblemente, en una extraña encrucijada. Cuánto más necesaria parece ser la aportación específica del mundo de la acción voluntaria (en los términos en las que la hemos descrito y propuesto), menos parece estar ese sector de actividad, ese mundo de acción, en condiciones de aportarla, porque él mismo, como parte de la sociedad que es (y como otros muchos agentes), acusa las mismas tensiones, disfunciones y contradicciones que el conjunto del cuerpo social.

Para Joaquín García Roca, “el mundo social es el lugar de las sinergias entre la ciudadanía política y la vecindad social, y entre éstas y la fraternidad: para ser ciudadanos se debe ejercer la vecindad, y, para ser vecinos, se debe ejercer la hospitalidad” (García Roca, 2012: 71). Imanol Zubero se plantea que “tal vez el procomún sea el lugar social donde, por fin, el ideal revolucionario de la fraternidad encuentre el sitio que nunca tuvo, a diferencia de lo que ocurrió

con la libertad, que enraizó y floreció en el espacio del mercado, y con la igualdad, que lo hizo en el espacio del Estado” (Zubero, 2012: 41). Rafael Aliena propone “dos ideas rectoras: la defensa del pluralismo de posibilidades y la necesidad del equilibrio entre esas posibilidades. El equilibrio que se reclama tiene tres escenarios: la sociedad, el Tercer Sector en su globalidad y cada una de sus entidades en particular” (Aliena, 2008: 47).

No estamos hablando de pretendidas terceras vías equidistantes sino de intuiciones, reflexiones y orientaciones persistentes, compartidas, fundamentadas y basadas en la evidencia que nos señalan que nuestras sociedades complejas reclaman políticas, organizaciones e intervenciones sociales más complejas, necesitan políticas públicas y estrategias colectivas que completen, compensen o corrijan el funcionamiento de los mercados económicos y los poderes políticos y faciliten y promuevan necesidades históricas como el cuidado en el seno de las redes familiares, vecinales y comunitarias; la conciliación de la vida personal, familiar y laboral; el compromiso cívico en la vida comunitaria; la promoción de la autonomía personal y la activación hacia el trabajo y la productividad; las relaciones igualitarias entre personas diversas; el emprendizaje para una economía solidaria; la austeridad, el rigor y la eficiencia en el funcionamiento de las instituciones; la innovación y creatividad social... Se trataría de una acción combinada y sinérgica de todos los agentes y esferas para frenar y revertir el deterioro y la destrucción de los bienes relacionales y de los bienes comunes.

No olvidamos, en todo caso, los oportunos comentarios de Bauman, que recuerda que “como señalara cáusticamente Eric Hobsbawm: “la palabra ‘comunidad’ nunca se usó de manera tan indiscriminada y vacua como durante las décadas en las que fue muy difícil encontrar en la vida real verdaderas comunidades, en sentido sociológico” (Bauman, 2002: 182). Y añade:

“Echamos en falta la comunidad porque echamos en falta la seguridad (...). La inseguridad nos afecta a todos, inmersos como estamos en un mundo fluido e impredecible de desregulación, flexibilidad, competitividad e incertidumbre endémicas (...). Se nos pide, como ha observado ácidamente Ulrich Beck, que busquemos soluciones biográficas a contradicciones sistémicas; buscamos la salvación individual a problemas compartidos (...), además, es precisamente ese recurso a nuestro ingenio y recursos individuales lo que introduce en el mundo la inseguridad de la que queremos escapar (Bauman, 2003: 169).

Y Bauman habla de las “comunidades de guardarropa” para referirse a sucedáneos de vida comunitaria, recordando que “si ha de existir una comunidad en un mundo de individuos, sólo puede ser (y tiene que ser) una comunidad entretejida a partir del compartir y del cuidado mutuo” (Bauman, 2003: 175). Y Donati se pregunta:

“¿Qué tipo de organización puede hacernos pasar de una situación en la cual el bienestar es definido por estructuras jerárquico-burocráticas y por contratos mercantiles que alimentan extensamente formas fracturadas de reflexividad a una situación en la cual las instituciones de bienestar alimentan, en cambio, redes reflexivas de ciudadanos y trabajadores reflexivos, esto es, de una sociedad civil que pueda dotarse de una extendida reflexividad relacional?” (Donati, 2012: 17).

Ahí es donde, a nuestro entender, podemos identificar la contribución principal del mundo de la acción voluntaria en esta encrucijada histórica. Sin complejos porque, como nos recuerda Fernando Vidal, “el Estado de bienestar es el resultado de la expropiación de la mutualidad obrera para prevenir el empoderamiento político del proletariado” (Vidal, 2008: 257). Estamos, por tanto, hablando de un bienestar social que no es posible confundir con el crecimiento económico ni con la protección del Estado, en la medida en que apostamos por la reinversión y coproducción de bienes relacionales y bienes comunes, que no tienen precio monetario ni pueden estar garantizados por ley.

Se trataría, simultáneamente, de buscar nuevas formas de articular sujetos y mayorías, nuevos movimientos basados en nuevos intereses y valores, intentando encontrar en los nuevos riesgos sociales, en las comunes vulnerabilidades humanas, en nuevas conciencias e

inteligencias al respecto, los elementos catalizadores de redes y solidaridades renovadas. Y así dirán Renes y López que la acción voluntaria tiene un papel especial en la respuesta a las necesidades de integración social, complementaria con la integración sistémica, entendiendo al voluntariado como “comunidad en acción” (Renes y Lopez, 2011: 84).

Y tal como hemos tratado más extensamente en otros lugares (Fantova, 2008), entendemos que el ámbito sectorial de los servicios sociales puede ser un banco de pruebas y un espacio necesario para experimentar nuevas formas de construcción del sistema de bienestar y que lo que hagamos en los servicios sociales puede tener un impacto positivo en otros ámbitos (como el educativo, el sanitario, el de garantía de ingresos...). En ese contexto, la estructuración y fortalecimiento de los servicios sociales y, particularmente, de los sistemas públicos de servicios sociales puede constituir una de las claves estratégicas para la configuración de un sistema de bienestar capaz de responder a los nuevos retos de los que estamos hablando. En primer lugar, desde luego, porque los servicios sociales brindan apoyos especialmente necesarios en el contexto dibujado y, por lo tanto, su desarrollo y fortalecimiento es una forma de extender o completar el sistema de bienestar. Pero, en segundo lugar, porque en la medida en que los servicios sociales (y el sistema público de servicios sociales) se desarrollen y configuren con claves relacionales y comunitarias, podrán, además de extender o completar el sistema de bienestar, contribuir a que el conjunto del sistema de bienestar se haga, todo él, más relacional, más participativo, más amigable, más sinérgico con ese tejido social cambiante y escurridizo del que hemos hablado.

Estamos a tiempo de construir un ámbito de los servicios sociales atravesado por un enfoque relacional, participativo, comunitario y activador. Unos servicios sociales no dedicados a reemplazar los apoyos familiares y comunitarios o a compensar económicamente por sus limitaciones sino dedicados a complementar y potenciar dichos apoyos familiares y comunitarios. Un sistema presidido por la sinergia entre la responsabilidad pública y la responsabilidad individual, familiar y social. Una red flexible y eficiente, donde se puede modular la participación económica y no económica de las personas usuarias en el sostenimiento de los servicios, combinando la perspectiva del derecho con la de la obligación. Un entorno en el que es fuerte el tercer sector, la economía solidaria, capaz de aportar valores añadidos especialmente interesantes en la medida en que es fiel a sus señas de identidad. Un ámbito de los servicios sociales capaz de proponer y activar dinámicas y políticas intersectoriales y transversales innovadoras como las que tienen que ver con la coordinación e integración sociosanitaria de base domiciliaria y comunitaria o la introducción de lógicas de universalización y activación en la política de garantía de ingresos para la subsistencia.

Nos parece coherente y necesario identificar simultáneamente la necesidad estratégica de no retroceder sino avanzar en la construcción del sistema público de servicios sociales (como siguiente frontera y, a la vez, palanca crítica de la innovación en el conjunto del sistema público de bienestar) con la apuesta por una acción voluntaria y un tercer sector mucho menos encajados en dicho sistema público, mucho menos funcionales e instrumentales para el proyecto de construir un sistema público de servicios sociales recortado y asistencialista. Tal como han señalado Fresno y Tsolakakis:

“Las ONG han de ser vistas como espacios que contribuyen a la creación de capital relacional y tejido asociativo y no como extensiones de la administración que pueden prestar servicios en nombre de esta, allí en donde ella no llega (...). Las entidades del Tercer Sector han de hacer una reflexión profunda, sobre cómo superar las debilidades actuales relacionadas con la pérdida de base social, su falta de diversidad y participación interna, incluida la escasa rotación de los cargos, así como una gestión rígida del voluntariado” (Fresno y Tsolakakis, 2012: 17-19).

Ni el mundo de los servicios sociales, ni el mundo de la acción voluntaria ni el mundo de las relaciones y redes familiares y comunitarias viven horas gloriosas. Precisamente por ello y por la importancia que en el contexto que hemos dibujado adquieren los valores y las dinámicas que corresponden a esos mundos se hace necesario el mayor acierto en el análisis y la estrategia. Si son pocas las personas, recursos, energías y capacidades disponibles,

trabajemos para que sean valiosas y potentes y articulémoslas de la mejor manera posible, dejando atrás esquemas obsoletos y arriesgando de forma razonable pero ambiciosa.

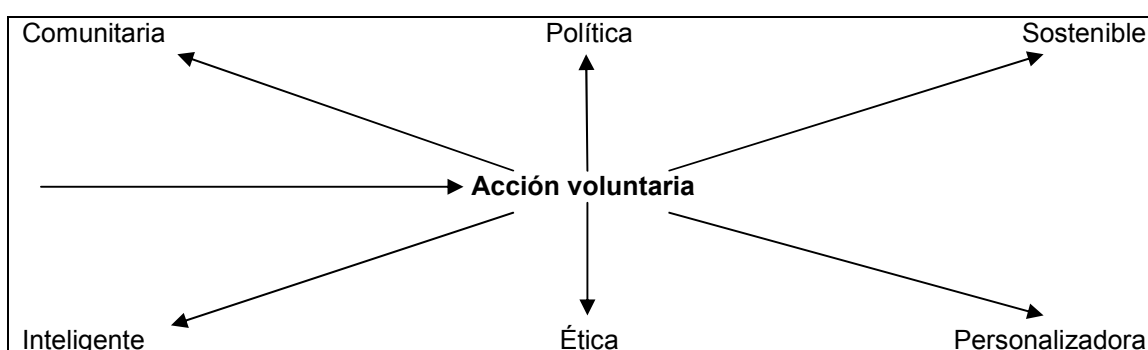
7. Propuestas de futuro para la acción voluntaria

Para ir finalizando este artículo queremos sintetizar en seis rasgos programáticos el tipo de acción voluntaria que, a nuestro entender, emerge como propuesta de la reflexión que venimos haciendo. Sabemos que no es un programa fácil, lo cual era de esperar en estos tiempos difíciles. Se nos ocurría la metáfora de esas jugadas de billar en la que con un solo golpe seis bolas entran en los seis agujeros de la mesa. Algo así toca hacer. Se acabó el tiempo de las políticas y estrategias simples y se imponen los movimientos elegantes, eficaces, eficientes, impactantes, polivalentes, sinérgicos. Así, proponemos una acción voluntaria simultáneamente y cada vez más:

- Comunitaria.
- Política.
- Sostenible.
- Inteligente.
- Ética
- Personalizadora.

Hablamos, en primer lugar, de una acción voluntaria comunitaria. Una acción voluntaria, unas organizaciones y redes del sector voluntario que se conciban, en primera instancia y sobre todo, como aliadas de las redes familiares y comunitarias, como constructoras y reforzadoras de comunidad, como coproductoras de bienes relacionales y bienes comunes. Una acción voluntaria configurada como espacio y tiempo de cercanía, de acogida, de calidez, de integración. Una acción voluntaria empeñada en la construcción, fortalecimiento y mejora de comunidades inclusivas, localizadas y virtuales, locales y globales. Fernando Vidal pone en el centro de su planteamiento el concepto de reconciliación y plantea que:

“La reconciliación es el paradigma de la política de solidaridad. El voluntariado es un primer paso de reconciliación (...). El papel revolucionario del voluntariado es la reconciliación (...). Si la exclusión social es la mayor división de nuestro tiempo, en el voluntariado se vive el mayor drama de nuestro tiempo: cada uno personalmente puesto en la encrucijada de la exclusión junto a un prójimo que la está sufriendo” (Vidal, 2009: 554-555).



Hablamos, en segundo lugar, de una acción voluntaria política y en permanente dinámica de repolitización. Una mundo de la acción voluntaria que detecta, denuncia y desbarata toda estrategia orientada a convertirla en cómplice de la destrucción de derechos sociales, del incremento de desigualdades, del debilitamiento de la capacidad redistributiva de recursos y capacidades de los poderes públicos. Una acción voluntaria consciente y operante en su cualidad de espacio de concienciación política, de formación política, de proyección política. Unas redes voluntarias y movimientos asociativos independientes de los partidos y sindicatos pero que interactúan con ellos y contribuyen a fortalecerlos y mejorarlos. Una acción voluntaria

con voz en la arena política e impacto en la decantación de bases electorales para las políticas y leyes solidarias y participativas. Dirán Fresno y Tsolakis:

“Las plataformas de voluntariado tienen en los próximos años el reto de convertirse en entidades abiertas (...) contribuyendo a vertebrar la territorialidad y facilitar espacios de cooperación con otras formas de participación social. También han de hacer un esfuerzo por abrirse a los movimientos sociales, así como trabajar de modo transversal, con plataformas y redes de otros ámbitos, en el plano horizontal, apoyando a las redes territoriales, mejorando la capacidad de interlocución e influencia política” (Fresno y Tsolakis, 2012: 20).

Hablamos, en tercer lugar de una acción y unas organizaciones voluntarias sostenibles. Si las dinámicas y procesos de acción voluntaria y organización solidaria se consideran valiosas y pretenden impacto social habrán de atender a su dimensión económica y conseguir estabilidad. Se tendrá que reforzar la sinergia entre trabajo voluntario y remunerado y seguir incorporando, crítica y proactivamente, sistemas de gestión, entre otros:

- De gestión de los recursos humanos y la participación de las personas, de modo que se promueva un verdadero proceso de empoderamiento de las personas voluntarias en las organizaciones y se mejore la gestión de la diversidad sexual, generacional, cultural, funcional...
- De gestión de las relaciones, que permitan identificar en la población necesidades, demandas, capacidades y oportunidades (capaces por ejemplo de desarrollar nuevas experiencias de asociacionismo, mutualismo o cooperativismo que faciliten hacerse cargo personal, familiar y comunitariamente de un futuro próximo o lejano de limitación funcional, de forma complementaria y sinérgica con la protección de los sistemas públicos de sanidad, servicios sociales o garantía de ingresos).
- De gestión, en definitiva, de la calidad que permita la diferenciación y posicionamiento de las organizaciones voluntarias, levantando barreras de entrada para organizaciones que hacen una utilización espuria de su condición formal o aparente de voluntarias y buscando su fortalecimiento institucional.

Hablamos en cuarto lugar de una acción voluntaria inteligente. En la sociedad de la información y el conocimiento; en el mundo de la investigación, el desarrollo y la innovación; las personas, organizaciones y redes implicadas en la acción voluntaria deben afrontar el reto de la gestión del aprendizaje, de la identificación de temas emergentes, del levantamiento y procesamiento de evidencia relevante, de la creatividad individual y colectiva, del estudio riguroso de realidades y procesos, de la fabricación de herramientas de intervención... Algunas de las reflexiones de Daniel Innerarity ayudan a identificar fortalezas quizá inesperadas a este respecto cuando señala que:

“En una economía del conocimiento, para sobrevivir en la competencia global, los recursos se encuentran cada vez más a escala local: bajo la forma de conocimientos, capacidades, relaciones y motivaciones de los que no disponen los competidores alejados (...). Se ha redescubierto el valor de la cercanía temporal, la confianza o el bienestar. Las redes locales ya no están contra la sociedad del conocimiento, sino todo lo contrario” (Innerarity, 2011: 230-231).

Hablamos en quinto lugar de una acción voluntaria ética, consciente de su papel contracultural, de su capacidad como espacio para hacer operativos y visibles determinados valores. Dirá Sebastián Mora refiriéndose al tercer sector de acción social:

“Desde la prestación de servicios sin la dimensión cívica de nuestro hacer es muy difícil liderar ningún proceso societal de carácter comunitario o político (...). Si el TSAS en un primer momento en nuestro Estado estaba conducido desde un liderazgo carismático, en los últimos años ha estado bajo un liderazgo gerencial (...) que tiene que abrirse a un liderazgo ético-social (...). Ahora bien, todo lo dicho sería vano si no sabemos

ocupar nuestro lugar esencial que no es más que al lado de las “víctimas” (Mora, 2013).

Y hablamos en sexto lugar de una acción voluntaria personalizadora, activadora, capacitadora. Una acción voluntaria entendida en clave de acompañamiento desde y para procesos personales (González, 2011). Dirá Subirats:

“Se requiere articular intervenciones que faciliten la capacitación de las personas, brindándoles la oportunidad, en un marco de relaciones sociales y comunitarias más extenso, de procurarse aquello que necesiten tanto personal como colectivamente para desarrollar sus vidas según sus valores e inquietudes (...). El diferencial que caracteriza, o debería caracterizar toda práctica desarrollada desde el sector, se halla sobre todo en su capacidad para (...) el fortalecimiento de las personas y de las comunidades en que éstas se ubican, alcanzando procesos de integración social autónoma y de arraigo en un territorio y en unas redes sociales familiares y comunitarias. Unos procesos de integración que, gracias a todo ello, consiguen una elevada sostenibilidad en el tiempo (...). Creemos que son las relaciones directas y pensadas con y desde las personas con problemas de exclusión y con acumulación de riesgos y vulnerabilidades, las que constituyen la variable decisiva que otorga valor específico a la labor de las entidades (...). Ello exige definir con precisión y explicitar los compromisos recíprocos entre organizaciones y personas (...). Es en ese punto en el que entendemos se concentran nuestras propuestas estratégicas de trabajo integral y transversal, y que de alguna manera resumen y articulan todo el resto: acogida, acompañamiento y voluntad de generar autonomía de las personas” (Subirats, 2010: 25-49).

8. Cierre

Como resume Gregorio Rodríguez Cabrero:

“El Tercer Sector (TS) y, en particular, el Tercer Sector de Acción Social (TSAS) se encuentra no solo ante una larga coyuntura de demandas sociales, debido al impacto de la depresión estructural a la que hace frente con sus limitados recursos institucionales, económicos y humanos sino también, y sobre todo, ante un cambio estructural que afecta a todos los niveles del sistema sociopolítico y económico. Es un cambio de época, una fase histórica de cambio global, con gran incidencia en Europa y, de manera especial, en España, que afecta a nuestro devenir inmediato en el desarrollo de los derechos sociales y en el bienestar común. El TSAS, como parte sustantiva del régimen de bienestar español, se ve sometido a los cambios y contradicciones que afectan también, aunque en distinta medida, a los otros componentes o esferas de dicho régimen (...). La interrelación de dichas esferas se está modificando con gran intensidad como consecuencia de la regresión del Estado de Bienestar, el ascenso casi sin cortapisas de un mercado desregulado bajo la lógica neoliberal y los cambios en profundidad que afrontan los hogares a consecuencia de la sobrecarga de responsabilidad que supone la caída de los salarios reales en la inmensa mayoría de los mismos, la carga de los cuidados (como consecuencia del envejecimiento poblacional) y el impacto social de procesos de emancipación juvenil bloqueados para no escasos colectivos en los tramos de edad de 20 a 30 años (...). El TSAS, ante el reto de la crisis actual, no sólo tiene que dar respuesta a las múltiples demandas sociales generadas por políticas de consolidación fiscal (...) sino que afronta su sostenibilidad futura como actor social e institucional de la reforma social. Ello, en nuestra opinión, le obliga a responder en varios frentes al mismo tiempo que, tal como hemos señalado, son básicamente cuatro: potenciar la función cívica, reivindicativa y transformadora, reforzamiento de su articulación interna y mejora de la transparencia, desarrollo de su papel como actor de las políticas sociales con voz y peso en el diseño de las mismas y, finalmente, desarrollo de la función de innovación social en el desarrollo de servicios de interés general y en proyectos locales de desarrollo de los

que pueden emerger buenas prácticas que redunden en el bienestar general, sobre todo en el de los colectivos vulnerables de la sociedad” (Rodríguez Cabrero, 2013).

De modo que terminemos este artículo con y como Richard Sennet en su obra *Juntos*, con una cita que quizá nos sirva para poner contrapunto a la de Enric Juliana con la que comenzábamos:

“El siglo XX pervirtió la cooperación en nombre de la solidaridad (...). La solidaridad ha sido la respuesta tradicional de la izquierda a los males del capitalismo. La cooperación en sí misma no ha desempeñado un papel importante como estrategia de resistencia. Aunque, en cierto sentido, el énfasis en la solidaridad es realista, ha socavado la fuerza de la izquierda (...). En estas condiciones, rechazada y retraída sobre sí misma, no es de extrañar que la gente común aspire a algún tipo de solidaridad, aspiración que la solidaridad destructiva del tipo nosotros-contra-ellos parece satisfacer plenamente (...). En todas las culturas humanas la función del ritual consiste en aliviar y resolver la ansiedad volviendo a la gente hacia el exterior en actos simbólicos compartidos (...). Hoy en día, el efecto cruzado de los deseos de reafirmar la solidaridad en medio de la inseguridad económica hace que la vida social sea brutalmente simple: el nosotros-contra-ellos combinado con el que-cada-uno-se-apañe. Pero yo insistiría en que nos hallamos en la condición del “todavía no”. Los terribles simplificadores de la modernidad pueden reprimir y distorsionar nuestra capacidad para vivir juntos, pero no eliminan esa capacidad ni pueden hacerlo. Como animales sociales, somos capaces de cooperar con mayor profundidad que lo imaginado por el orden social existente (Sennet, 2012: 285-286).

9. Referencias

Para la escritura de este artículo se ha trabajado con los siguientes textos:

- ACEMOGLU, D. y ROBINSON, J.A. (2012): *Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*. Bilbao, Deusto.
- ALBERICH, T. y ESPADAS, M.A. (2011): “Asociacionismo, participación ciudadana y políticas locales: planteamiento teórico y una experiencia práctica en Jaén” en *Alternativas: Cuadernos de Trabajo Social*, 18, 119-146.
- ALCOCK, P. (2012): *The Big Society: a new policy environment for the third sector?* Birmingham. Third Sector Research Centre.
- ALIENA, R. (coord.) (2008): *Los equilibrios del tercer sector. Una filosofía del equilibrio de funciones*. Madrid, Fundación Luis Vives.
- ARANGUREN, L. (2011): “Las nuevas pertenencias: entre espectadores y protagonistas” en *Documentación Social*, núm. 160, enero-marzo, pp. 149-169.
- ARIÑO, A. (2008): “Articulación del Tercer Sector en España” en *Revista Española del Tercer Sector*, núm. 10, septiembre-diciembre, pp. 107-129.
- BAUMAN, Z. (2002): *Modernidad líquida*. Buenos Aires, Fondo del Cultura Económica.
- (2003): *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid, Siglo XXI.
- BOFF, L. (2012): *El cuidado necesario*. Madrid, Trotta.
- CASADO, D. (1986): *El bienestar social acorralado*. Madrid, PPC.
- (2008): “Régimen institucional en España del sector voluntario y opciones de perfeccionamiento” en *Revista Española del Tercer Sector*, núm. 10, septiembre-diciembre, pp. 69-106.
- CASTELLS, M. (2010): “Las culturas de la crisis” en *La Vanguardia*, 5 de junio.
- COLOZZI, I. (2012): “Dal vecchio al nuovo welfare. Due proposte per favorire la transizione” en COLOZZI, I. (a cura di): *Dal vecchio al nuovo welfare. Percorsi di una morfogenesi*. Milano, Franco Angeli, pp. 9-16.
- CORTINA, A. (2006): “Exclusión cero: el vigor del voluntariado”. http://elpais.com/diario/2006/03/02/opinion/1141254004_850215.html.
- DALY, M. (2002): “Care as a good for social policy” en *Journal of Social Policy*, vol. 31, núm. 2, pp. 251-270.

- DEUSDAD, B. (2013): "El respeto a la identidad como una forma de inclusión social: interculturalidad y voluntariado social" en *Educatio Siglo XXI*, vol. 31, núm. 1, pp. 89-104.
- DONATI, P. y COLOZZI, I. (a cura di) (2007): *Terzo settore, mondi vitali e capitale sociale*. Milano, Franco Angeli.
- DONATI, P. (2012): "Le politiche sociali di fronte alla modernizzazione riflessiva: tra morfogenesi sistémica e morfogenesi sociale" en COLOZZI, I. (a cura di): *Dal vecchio al nuovo welfare. Percorsi di una morfogenesi*. Milano, Franco Angeli, pp. 17-35.
- DURÁN, M.A. (2012): *El trabajo no remunerado en la economía global*. Madrid, Fundación BBVA.
- ERASMO DE ROTTERDAM (2000): *Adagios del poder y de la guerra y Teoría del adagio*. Valencia, Pretextos.
- ESPADAS, M.A. (2006): *El tercer sector construyendo ciudadanía: la participación del tercer sector en los servicios sociales en Andalucía (tesis doctoral)*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- FANTOVA, F. (2005): *Tercer sector e intervención social. Trayectorias y perspectivas de las organizaciones no gubernamentales de acción social*. Madrid, PPC.
- (2008): *Sistemas públicos de servicios sociales. Nuevos derechos, nuevas respuestas*. Bilbao, Instituto de Derechos Humanos (Universidad de Deusto).
- (2009): "El tercer sector: agente de transformación social en tiempos de crisis". [http://www.fantova.net/restringido/documentos/mis/Tercer%20sector/El%20tercer%20sector.%20agente%20de%20transformación%20social%20en%20tiempos%20de%20crisis%20\(2009\).pdf](http://www.fantova.net/restringido/documentos/mis/Tercer%20sector/El%20tercer%20sector.%20agente%20de%20transformación%20social%20en%20tiempos%20de%20crisis%20(2009).pdf)
- (2011): "Gobernanza de los servicios sociales en tiempos de crisis" <http://www.diba.cat/web/benestar/ii-forum-de-serveis-socials>
- FRANCO, P. y GUILLÓ, C. (2011): "Situación y tendencias actuales del voluntariado de acción social en España" en *Documentación Social*, núm. 160, enero-marzo, pp. 15-41.
- FRESNO, J.M. y TSOLAKIS, A. (2011): *Profundizar en el voluntariado: los retos hasta 2020*. Madrid, Plataforma de Voluntariado de España.
- FUNDACIÓN EDE (2012): *Estudio sobre voluntariado en la Comunidad Autónoma del País Vasco*. Vitoria-Gasteiz, Gobierno Vasco.
- FUNDACIÓN LUIS VIVES (2012): *Anuario del Tercer Sector de Acción Social en España*. Madrid.
- GARCÍA CAMPÁ, F. (2013): *El voluntariado y su régimen jurídico*. Valencia, Tirant lo Blanch.
- GARCÍA ROCA, J. (2012): *Reinvención de la exclusión en tiempos de crisis*. Madrid, Cáritas Española/Fundación FOESSA.
- GIL CALVO, E. (2013): "Populismos" en *El País*, 4 de marzo. http://politica.elpais.com/politica/2013/03/03/actualidad/1362342447_840282.html
- GÓMEZ SERRANO, P.J. (2011): "Crisis socio-económica y voluntariado" en *Documentación Social*, núm. 160, enero-marzo, pp. 43-69.
- GONZÁLEZ, A. (2011): "El papel del voluntariado en la lucha contra la exclusión social: el valor del acompañamiento" en *Documentación Social*, núm. 160, enero-marzo, pp. 171-188.
- (2012): *Sujetos en la intervención social (tesis doctoral)*. Sevilla, Universidad Pablo de Olvide.
- HERRERA, M. y BARQUERO, D. (2012): *Redes sociales: de metáfora a paradigma*. Madrid, Mac Graw Hill.
- HERRERA, M. y ROMERO, A. (2011): "El mosaico comunitarista: una propuesta analítica y tipológica" en *Revista de Estudios Políticos (nueva época)*, núm. 154, octubre-diciembre, pp. 211-248.
- INNERARITY, D. (2011): *La democracia del conocimiento. Por una sociedad inteligente*. Barcelona, Paidós.
- JARAÍZ, G. (2009): "El tercer sector de acción social en la intervención comunitaria", en *Revista Española del Tercer Sector*, núm. 12, pp. 101-129.
- (2011): *Intervención social, Barrio y Servicios Sociales Comunitarios*. Madrid, Fundación FOESSA/Cáritas Española.
- JULIANA, E. (2010): "Se está gestando un nuevo orden" <http://www.lavanguardia.com/2010/10/31/54063133883/se-esta-gestando-un-nuevo-orden.html#ixzz2cUpsUKgy>

- MARBÁN, V. y RODRÍGUEZ CABRERO, G. (2008): "Panoramic view of the social third sector in Spain: environment, development, social research and challenges" en *Revista Española del Tercer Sector*, núm. 9, pp. 13-39.
- MARCHIONI, M. (2006): "Democracia participativa y crisis de la política. La experiencia de los planes comunitarios" en *Cuadernos de Trabajo Social*, vol. 19, pp. 213-224.
- MARCUELLO, C. (coord.) (2007): *Capital social y organizaciones no lucrativas en España. El caso de las ONGD*. Bilbao, Fundación BBVA.
- MORA, S. (2013): "Impactos de la recesión económica en el tercer sector de acción social" en *Revista Española del Tercer Sector*, núm. 23, enero-abril, <http://www.fundacionluisvives.org/rets/23/articulos/101415/index.html>
- MORENO, L. (2012): *La Europa asocial*. Madrid, Península.
- OTS (OBSERVATORIO DEL TERCER SECTOR) (2007): *La construcción de capital social desde el tercer sector*. Barcelona.
- POAS (PLATAFORMA DE ORGANIZACIONES NO GUBERNAMENTALES DE ACCIÓN SOCIAL) (2012): *Plan estratégico del Tercer Sector de acción social. Informe de evaluación*. Madrid.
- PTS (PLATAFORMA DEL TERCER SECTOR) (2012): *Propuestas de la Plataforma del Tercer Sector para afrontar el impacto social de la crisis*. Madrid.
- PVE (PLATAFORMA DEL VOLUNTARIADO DE ESPAÑA) (2011): *Diagnóstico de situación del voluntariado de acción social en España*. Madrid, Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad.
- (2012): *Buenas prácticas en voluntariado y trabajo en red*. Madrid.
- PWC (PRICEWATERHOUSE COOPERS) (2012): *Estudio sobre el presente y el futuro del Tercer Sector social en un entorno de crisis*.
- RENES, V. y LÓPEZ, E. (2011): "Globalización y voluntariado: construir la sociedad desde los valores del voluntariado" en *Documentación Social*, número 160, páginas 71-90.
- RENES, V. (2012): "Una sociedad que se hace cargo de sí misma: reciprocidad, cooperación y los bienes comunes" en *Documentación Social*, núm. 165, abril-junio, pp. 119-133.
- RODRÍGUEZ CABRERO, G. (2012): *Servicios sociales y cohesión social*. Madrid, Consejo Económico y Social.
- (2013): "Crisis estructural y tercer sector de acción social" en *Revista Española del Tercer Sector*, núm. 23, enero-abril, <http://www.fundacionluisvives.org/rets/23/articulos/101405/index.html>
- SENNETT, R. (2012): *Juntos. Rituales, placeres y políticas de la cooperación*. Barcelona, Anagrama.
- SIIS (CENTRO DE DOCUMENTACIÓN Y ESTUDIOS) (2011): *Análisis documental sobre estudios de voluntariado en la Comunidad Autónoma del País Vasco*. Vitoria-Gasteiz, Gobierno Vasco.
- (2012): "Tendencias, innovaciones y buenas prácticas en el ámbito del voluntariado" en *Zerbitzuan*, núm. 51, junio, pp. 137-149.
- STANZANI, S. (2005): "Terzo settore e differenziazione sociale: una teoria relazionale" en DONATI, P. y TERENCEZI, P. (coord.): *Invito alla sociologia relazionale. Teoria e applicazioni*. Milano, Franco Angeli, pp. 198-216.
- SUBIRATS, J. (dir.) (2010): *Ciudadanía e inclusión social. El Tercer sector y las políticas públicas de acción social*. Barcelona, Fundación Esplai.
- (2011): *Otra sociedad. ¿Otra política? Del "no nos representan a la democracia de lo común"*. Barcelona, Icaria.
- TAYLOR-GOOBY P. (2013): *The Double Crisis of the Welfare State and What We Can Do about It*. London, Palgrave Macmillan.
- TOBÍO, C. y otras (2010): *El cuidado de las personas. Un reto para el siglo XXI*. Barcelona, Fundación "la Caixa".
- VIDAL, F. (2008): "El paradigma de la sociedad del bienestar (política social, Estado de bienestar y derechos sociales en cincuenta años de *Documentación Social*)" en *Documentación Social*, núm. 149-150, abril-septiembre, pp. 235-288.
- (2009): *Pan y rosas. Fundamentos de exclusión social y empoderamiento*. Madrid, Cáritas Española/Fundación FOESSA.
- ZUBERO, I. (1994): *Las nuevas condiciones de la solidaridad*. Bilbao, Desclée de Brower.

- . (2012): "De los "comunales" a los "commons": la peripecia teórica de una práctica ancestral cargada de futuro" en *Documentación Social*, núm. 165, abril-junio, pp. 15-48.
- ZURDO, Á. (2011): "El voluntariado en la encrucijada: consideraciones sobre los límites de la participación social en un contexto de individualización, despolitización e instrumentalización creciente" en *Documentación Social*, núm. 160, pp. 91-129.

10. Autor

Fernando Fantova (Bilbao, 1961) inicia su trayectoria de voluntariado social a finales de los años setenta en el ámbito de la educación en el tiempo libre, la atención a personas con discapacidad y la intervención familiar y comunitaria. Es educador social, licenciado en psicología y doctor en ciencias políticas y sociología. Desde mediados de los noventa y en la actualidad trabaja como consultor social en España y también en América Latina con dedicación prioritaria a la gestión estratégica de organizaciones y las políticas públicas de carácter social. Desde 2009 a 2013 ha ejercido responsabilidades políticas en el Gobierno Vasco como viceconsejero de Asuntos Sociales y responsable de la puesta en marcha de una iniciativa interdepartamental de innovación sociosanitaria. Autor de más de diez libros y más de cien artículos y ponencias, disponibles en www.fantova.net.

Índice

| | |
|---|----|
| 1. Resumen | 2 |
| 2. Introducción | 2 |
| 3. La acción voluntaria y su papel en los modelos de bienestar..... | 3 |
| 4. Análisis del contexto de recesión económica y cambio de época: bosquejo de un relato | 8 |
| 5. El mundo de la acción voluntaria en su contexto | 13 |
| 6. Una encrucijada y una agenda estratégica | 16 |
| 7. Propuestas de futuro para la acción voluntaria | 19 |
| 8. Cierre | 21 |
| 9. Referencias..... | 22 |
| 10. Autor | 25 |